

en Bujía y en otros varios puntos de Africa. La brillante victoria obtenida en Rávena por las armas de Luis XII rey de Francia, trastornó los planes del rey Católico; mas el reino de Navarra quedó asegurado por la fuerza de las armas á la corona de Castilla, á pesar de la invasión proyectada por aquel monarca (1).

A la muerte de Fernando el Católico, contaba ya 16 años de edad el rey D. Carlos de Austria. En el año que medió hasta su venida á España, quiso su buena suerte que la regencia estuviese encomendada al cardenal Jimenez Cisneros, hombre verdaderamente insigne por su piedad, por la elevacion de sus sentimientos, por su gran corazon y sobre todo por la energía que desplegó en el gobierno de estos reinos. Se le habia dado como socio y compañero al cardenal Adriano; mas sino en el nombre, fué en realidad Cisneros el único regente. Protector de las ciencias y las buenas letras, fundador de la universidad de Alcalá, la dotó de cuanto podia contribuir á difundir las luces de aquel siglo, dejando en la publicacion de la Biblia Complutense uno de los mas grandes monumentos de su ilustracion y su munificencia. Sentimos que la naturaleza de este trabajo, no nos permita mas pormenores sobre un personaje que bajo el hábito de S. Francisco, y con toda la austeridad que esta regla prescribia, se mostró sabio, hábil estadista, gobernante duro y despótico, general de ejército, y hasta orador militar, pues arengó á los soldados en las playas de Africa. Casi todos los historiadores de aquel periodo están consignados los principales hechos de su vida (2).

En setiembre de 1517 desembarcó en España Carlos, hijo primogénito de Felipe el Hermoso, que inmediatamente tomó las riendas del estado. Le felicitó por escrito el cardenal, mas no se presentó en la corte de

(1) Véase la nota C al fin del tomo.

(2) Véase entre otros à Alvarus Gomecius, de rebus gestis Francisci Ximenii.

donde le alejó una carta fria del monarca, dándole las gracias por sus servicios y deseándole descanso. Muy poco tiempo gozó el prelado de su retiro, oprimido con el peso de los años, y tal vez no poco de una conducta que con el sello de ingrata se mostraba. El cardenal Jimenez de Cisneros dejó sin duda un nombre esclarecido, de los que engrandecen nuestra historia.

CAPITULO III. (1)

Gobierno de Carlos V.--Considerado este príncipe como monarca, como capitán.--Su poder.--Su política.--sus guerras contra Francia.--Con el papa.--Con el turco.--Expedicion en Túnez.

Se veía por la muerte de Fernando el Católico, 1516 y 1535, un príncipe de 16 años dueño de unos estados y con un poderío de que no habia ejemplo en Europa desde Carlo-Magno. Heredaba en virtud de este último fallecimiento las coronas de Aragon, Nápoles y Sicilia; por la de su abuela materna, las de Castilla, Leon y de Navarra; por la de su padre los Países-Bajos, el Franco-condado y todo cuanto poseia la antigua casa de Borgoña, á excepcion del ducado de este nombre. Bien pronto iba á entrar en posesion de los estados de Austria á la muerte de su abuelo paterno el emperador Maximiliano; pudiendo li-sonjearse de que le sucederia igualmente en la dignidad de jefe del imperio. Lo que aquel famoso fundador habia debido á treinta años de guerras y conquistas, lo poseia este príncipe en la flor de su existencia. Era la sucesion inmensa, magnífica y brillante; mas los hombres

(1) Son tan pocos y considerables los hechos de que hacemos mencion, tanto en este capítulo como en el siguiente, que casi son inútiles las citas. Los consignan ó á lo menos no los niegan los historiadores de la época, tanto nacionales como extraños: Sandoval, Ferreras, Ulloa, Vera y Figueroa Zenocaro, Gucchiardini, Paulo Jovio, Robertson, Mézeray, Anquetil, Daniel, etc.

que juzgan detenidamente sin dejar llevarse de la primera impresion, no podian menos de reflexionar, que tan grandioso poderio, tenia mas de aparente que de real, y que de ningun modo guardaba proporcion con tan vastas posesiones. Se hallaban estas esparcidas en la Europa, separadas unas de otras, no solo por distancias considerables de terreno, sino por hábitos, costumbres y organizacion política. En nada se parecian los castellanos á los flamencos, ni estos á los italianos. El poder que el nuevo soberano ejercia en todos sus estados, se diferenciaba tambien en razon de la diversidad de la indole de sus instituciones. Cuerpos políticos compuestos de elementos tan heterogéneos no tienen las condiciones requeridas para ser robustos. Ninguno puede considerarse como individuo de una gran familia, y si todos contribuyen al brillo y renombre del Señor comun, muy pocos ó casi ninguno en realidad prospera y se engrandece. La historia de Carlos V y de su hijo, confirma de un modo palpable esta verdad que no dejaba de sentirse entonces, sobre todo de los españoles.

1519. A los tres años de la muerte de Fernando vacó en efecto la corona imperial, y el jóven Carlos la obtuvo sin grande oposicion antes de cumplir 20 años. Bajo esta cualidad de emperador se conoce con el nombre de Carlos V, el que no fué mas que Carlos I en nuestra España. Singular destino suyo, que despues de ser una sola y vasta monarquía, al fin de siete siglos de luchas tan encarnizadas, se halló como absorbida en un estado cuyo centro se hallaba fuera de su territorio.

Y mientras el nuevo emperador tomaba posesion de su excelsa dignidad, le conquistaba Hernan Cortés el vasto imperio mejicano con un puñado de valientes. Tremolaban sus banderas en las costas del mar del Sur, y bien pronto le iba á someter Pizarro el imperio de los Incas. Estaba próximo á embarcarse el famoso Magallanes, descubridor del estrecho de su nombre, entre cuyos navios se contaba el que tuvo la gloria de trazar

el primero la circunferencia de la tierra. Así merced á unos pocos aventureros, sin nombre antes conocido, gigantes en valor, en audacia, en cuantas pasiones fuertes fermentan en el corazon del hombre, se veia Carlos V en lo mas florido de sus años, dueño mas allá de los mares, de mas vastas, y sin comparacion mas ricas posesiones que las que acataban su nombre en nuestro continente. Tan inmenso poderio no puede menos de imponer á la imaginacion, y muy pocos españoles dejarán de recordarle sin un movimiento de amor propio satisfecho, aunque se hallen de dicha época á distancia de tres siglos.

¿Y qué uso iba á hacer Carlos V de este imperio gigantesco? ¿Cómo se iba á mostrar en el trono el señor de tantos pueblos? Su abuelo Maximiliano habia sido un príncipe de bastante ambicion, mas no de gran capacidad, y mucho menos de fortuna. Habia muerto en la flor de sus años su padre Felipe el Hermoso, con la fama de indolente. Se hallaba su madre doña Juana en un estado de imbecilidad, que le valió el nombre de Loca, con que es conocida en las historias. La habian dejado sus abuelos maternos D. Fernando y doña Isabel, grandes ejemplos que imitar; mas sus primeros años no daban indicios de brillar en el trono por sus cualidades personales. Esta opinion no pudo menos de variar á su presentacion en la escena política del mundo. Como se dijo en el prólogo de esta obra, no es la vida de Carlos V la que se va á escribir, sino bosquejar los rasgos mas principales y salientes de un gran cuadro, para comprender mejor el que vamos á trazar del hijo.

La instruccion de Carlos era escasa. Educado como la mayor parte de los príncipes, tenia en política las ideas dominantes de su siglo, las que mas podian adular el amor propio de un monarca. Mas dotado, como lo hizo ver, de un buen entendimiento, aprendió en el trato de los hombres, en el manejo práctico de los negocios, lo que no le habian enseñado sus maestros. Sin duda tuvo consejeros, y hasta favoritos y privados; mas desde sus

primeros años tomó una parte activa, y hasta la principal en el gobierno de sus vastas posesiones. Desde los principios mostró sagacidad, tino, circunspección, y cuanta habilidad podía esperarse de un hombre de su experiencia. Conforme crecía en años, desplegó más y más el don de mando y de gobierno. Muy pronto vió Europa que el señor de tantos dominios no iba á dormirse sobre el trono, y entregar las riendas á manos de sus favoritos. Era ya mucho en un hombre de su condicion, mostrarse digno de tan alto puesto.

Estaba, cuando subió al trono, ocupado el de las principales regiones de Europa, por hombres distinguidos, si no pueden merecer el título de grandes. Reinaba en Francia Francisco I, príncipe de unos pocos más años, y que se mostró su rival por todo el tiempo que duró su vida. Había sucedido á Enrique VII de Inglaterra su hijo Enrique VIII, inferior en talentos á su padre; pero más despótico, más violento, con más deseos de figurar en el teatro político de Europa, donde se hizo verdaderamente célebre y famoso, por un estilo que él mismo no se imaginaba. Ocupaba la silla de S. Pedro Leon X, magnífico como príncipe, protector de las artes y las letras, que iba á revestir de nuevo lustre á su familia de los Médicis. Venecia comenzaba la época de su decadencia. Génova entraba en un nuevo estado de esplendor, por la capacidad y servicios eminentes de un grande hombre. Milán continuaba siendo teatro de hostilidades entre las armas de Francia por un lado, y por el otro de Italia y del Imperio. Estaba próximo á descender al sepulcro el famoso D. Manuel de Portugal, que había llevado el nombre de su país al apogeo de su grandeza y gloria. Reinaba en Polonia Segismundo I, y en Dinamarca y Suecia Cristierno III, cuñado de Carlos. En la silla del imperio Otomano estaba sentado Soliman, que amenaza al de Alemania.

Carlos, que á la muerte de Fernando el Católico se hallaba en Flandes, no se descuidó en venir á España á

recoger una herencia tan magnífica. Se mostró en ella afable, deseoso de congraciarse el aprecio de sus nuevos súbditos. De las oposiciones y dificultades que encontró en las córtés de sus reinos, hablaremos á su tiempo. Ahora solo queremos dar alguna idea de los principales rasgos de la vida del monarca en la parte política y guerrera. A poco tiempo de su permanencia en España, tuvo aviso de su elección de jefe del imperio, é inmediatamente se ocupó de la idea de ir personalmente á recibir la nueva corona que le deparaba la fortuna, á pesar de que España se hallaba entonces en agitación, y ningún tiempo podía ser menos oportuno para su salida. Mas la urgencia era grande, y por ningún motivo podía diferirla. Se embarcó, pues, para los Países-Bajos, y pasar de aquí á Alemania; mas sumamente previsor, y como hombre atento á cuanto á sus intereses concernia, tuvo cuidado de avistarse en camino con el rey de Inglaterra, y ponerse de su parte en la gran lucha que tan cercana imaginaba.

Mientras recibía en Aquisgran la corona imperial con toda la pompa y magnificencia propia de tan alta investidura, mientras asistía en Worms á la dieta, que será siempre célebre por la presentación en ella, y propalación de las doctrinas de Lutero, ardía España en las contiendas y guerra civil promovidas por las famosas comunidades de Castilla. Aunque vencidas, y por el pronto sujetadas, fue precisa la vuelta del emperador á España para la consolidación de la quietud del reino. Y no se descuidó Carlos de hacer este viaje, que á los 22 años de su edad era el tercero que emprendía. Habiendo ocurrido por este tiempo la muerte del papa Leon X, tuvo el emperador bastante crédito y poder para que se eligiese por sucesor á su ayo ó maestro el cardenal Adriano de Utrech, que reinó con el nombre de Adriano VI.

Tres grandes negocios ocuparon casi exclusivamente la vida y el reinado de este príncipe; las guerras con

Francia; la preservacion de Alemania contra las invasiones de los turcos: los altercados con los electores protestantes del imperio. En muchas ocasiones se vió con estos tres embarazos á la vez; en ningun tiempo dejó alguna de ellas de ser objeto de sus inquietudes.

Las disensiones con Francia fechan de mas lejos. Habian luchado en Nápoles las armas del rey Católico con las de Cárlos VIII y Luis XII, quedando estas vencidas, y el gran capitán dueño á nombre de su rey del reino disputado. Habia guerreado asimismo Francia contra el emperador en el Milanesado, otro objeto de grande ambicion para este príncipe. Al reino de Navarra, recientemente incorporado en la corona de Castilla, pretendia tener derechos legítimos la casa de Albert ó Labrit, enlazada y protegida por el rey de Francia. A estas animosidades de nacion se mezclaban pretensiones y rivalidades personales. Francisco I, preciado de ser el primer caballero de su reino, se habia ya ilustrado como militar en Italia, y dado insignes pruebas de su valentía. Rival de Cárlos en las pretensiones al imperio, intentaba suavizar la mortificacion del desaire recibido con la superioridad que le daba en su opinion la suerte de las armas. Antes de la elevacion de Cárlos al imperio, habian ajustado los dos monarcas paces en Noyon; mas la nueva dignidad encendió una nueva guerra. En tres teatros se ofreció á Francisco la ocasion de lidiar con su enemigo en Navarra, en los Países-Bajos, en Italia. En los tres se presentó en efecto; mas en ninguno con ventaja.

1520.—1521. La expedicion de Navarra duró poco: penetraron los franceses fácilmente por aquel país: sin grande oposicion se apoderaron de Pamplona y llegaron hasta el Ebro; mas las armas españolas acudieron pronto á la defensa del país que estaba descubierto. Delante de los muros de Logroño se eclipsó la buena estrella de Francisco, mientras llegaban los refuerzos de Castilla. Levantaron el sitio los franceses: fué su retirada precipitada

y desastrosa: mas de 6,000 quedaron entre muertos y prisioneros en la batalla que aceptaron durante su marcha. En vano Francisco envió refuerzos y un nuevo general: la misma suerte tuvo la segunda expedicion que la primera, y aunque se apoderaron de Fuenterrabía, les duró poco esta conquista.

Igualmente fueron desgraciadas las armas de los franceses en la frontera de los Países-Bajos. Era conocido entonces con este nombre un territorio mas vasto que el designado hoy con el de Bélgica y de Holanda. La Flandes francesa, hoy departamento del Norte, el Artois ó departamento del paso de Calais, parte de la Picardía, de la Champaña y la Lorena, entraban entonces en el patrimonio de la casa de Borgoña. Asi era el rio Somme la frontera por aquella parte. Por una de las singularidades de la suerte, Cárlos V como heredero de la casa de Borgoña y señor de los Países-Bajos, era vasallo de Francisco. Mas ni contra el rival, ni contra el vasallo pudieron nada sus armas en aquella parte.

1522.—1526. Donde lució mas la fortuna del emperador fué en Italia, donde tan profundas raices habia echado la ambicion del rey de Francia. En tres campañas sucesivas perdió el Milanesado, y si algunas veces le sonreía la fortuna, no era mas que para hacer mas sensibles los desaires. A pesar de los padecidos por los imperiales en el sitio de Marsella y su retirada en Provenza, se mostraron los capitanes de Cárlos superiores á los de Francisco. Los Pescaras, los Leivas, los Vastos, los Colonnas adquirieron un lustre á que no llegaron los Lautrech, los Ronnivets, los Brissac, los Moutlues. La mala política de la corte de Francia, se enajenó entonces de un grande hombre de guerra, que tan fatal le fue en lo sucesivo. Cada uno dará el nombre que mas le cuadre á la conducta del duque de Borbon; mas todos alabarán la política de Cárlos V, en aprovecharse de la falta cometida por Francisco. La bajada de éste á Italia, creyendo reparar con esto las faltas de sus generales, no hizo mas que proporcionarle un ter-

rible desengaño. «Todo se ha perdido, menos el honor,» escribió este príncipe á su madre, despues que se vió prisionero en los campos de Pavía. Pocas veces se han visto, en efecto, descalabros mas completos.

Sin duda influye mucho la suerte en los lances de la guerra; mas no se le puede siempre atribuir el éxito de las batallas. Tambien pende éste del mayor valor, de la mejor disposicion, de la superior habilidad de los que mandan. Cuando en el discurso de una guerra se ven siempre campañas favorables á una de ambas partes, aqui se debe suponer que está el mayor saber, la mayor capacidad del capitán; pues en cuanto á valor no podian alegar superioridad los imperiales sobre los de Francia. En el número tampoco habia notable diferencia. En cuanto á la homogeneidad de las tropas, estaban las ventajas del lado de Francisco, componiéndose las del emperador de naciones tan diversas. Consistia, pues, el buen éxito en la mejor direccion, en la mayor capacidad de los generales que servian al emperador, en que eran mas hombres de guerra sin disputa. La presencia de Francisco podia hacer mucho en un sentido; mas sus disposiciones ser al mismo tiempo de poca utilidad; pues aquel monarca con tantos títulos para ser tenido por un valiente y bizarro caballero, no alcanzó nunca los de entendido capitán, que entonces le hacian mas al caso.

De todos modos se veia Carlos victorioso, sin sacar la espada, sin haberse movido de España, de un rival tan poderoso y tan temible, dueño de su persona, árbitro de hacer la paz bajo las condiciones que fuesen de su agrado. No podia mostrársele mas favorable y risueña la fortuna: era muy natural que no se descuidase el emperador en aprovecharse del buen viento. Quiso verle en España el monarca prisionero, sin duda para sacar mayor partido de su mala posicion: no le debia de pesar á Carlos ver uno de los trofeos mas gloriosos de su triunfo. Vino á Madrid Francisco sin que se le negasen en el tránsito ninguno de los obsequios y honores debidos á tan

gran monarca; mas haciéndole ver que era prisionero. Negoció el emperador con su cautivo, y la contemplacion de su desgracia no le hizo aflojar un punto las pretensiones que en su opinion le daba el derecho de la espada. No podia menos de resentirse el tratado de Madrid de esta desigualdad de condiciones. Pedia el uno porque especulaba con la posicion de su rival; otorgaba el otro por verse libre de su cautiverio. En este asunto no se mostró Carlos generoso, ni aun político, á menos de abrigar segundas intenciones, pues no podia menos de prever que este tratado de Madrid, firmado y como arrancado por la fuerza, seria germen de una nueva guerra (1): así lo fue en efecto.

El año siguiente de 1527, se ligó Francisco con el papa Clemente VII, sucesor de Adriano, alianza que proporcionó á Carlos V un triunfo parecido al de Pavía. El Condestable Borbon mandaba su ejército en Italia. Exhausto de medios, y viéndose en peligro de ser abandonado de sus tropas que carecian de pagas, no encontró mejor recurso que el saco de Roma, de que no se hallaba muy distante. Con la perspectiva de un botin tan pingüe, no abandonaron las tropas sus banderas, que Borbon dirigió con pasos rápidos hasta sus muros, sin que pudiesen impedirselo los aliados del jefe de la iglesia. Con furor fue atacada la capital del orbe cristiano, y la muerte de Borbon al subir por una escala, en lugar de abatir, llenó de nueva furia el ánimo de los soldados. Por quinta vez sufrió Roma los horrores de un sitio, y las calamidades de un saqueo. Están de acuerdo los historiadores en que no se mostraron menos feroces

(1) Era uno de sus artículos el matrimonio de D. Francisco con doña Leonor, hermana de Carlos, y viuda de D. Manuel de Portugal; otro la devolución de la Borgoña, incorporada cincuenta años antes á la Francia; otro un perdon y completo olvido para el Condestable de Borbon, y sus parciales; otro la entrega de los hijos de Francisco en rehenes del tratado. Una de las piezas diplomáticas de mas extension que pueden figurar en cualquier época.

los soldados del emperador que los godos y los vándalos. Siete meses duraron en Roma los horrores de la ocupacion, las calamidades de la guerra. Fue el pontífice uno de los primeros en ponerse en salvo; mas quedó prisionero, habiendo entregado el castillo de Saint Angelo que le servia de asilo.

Llegó la noticia á Valladolid, donde se hallaba el emperador celebrando fiestas por el nacimiento de don Felipe, objeto de esta historia. Mandó inmediatamente que se suspendiesen, y hacer rogativas á todas las iglesias por la libertad del pontífice que tenia él mismo prisionero. ¿Era esto una pura hipocresía? ¿Pudo considerarse como escarnio, cuando estaba en su poder terminar este duelo de los fieles, enviando una simple orden á los que tenían cautivo al jefe de la iglesia? Es imposible conocer bastante el espíritu de aquellos tiempos de que estamos tan remotos, para conjeturar la impresion que pudo hacer en los ánimos de los católicos de España aquel mandato tan extraordinario. De los sentimientos católicos del emperador en todas las épocas de su vida, hay demasiadas pruebas, para suponer que se permitiese semejante burla, y en España sobre todo. Que reconocia en Clemente VII el jefe y cabeza de la iglesia, no puede estar sujeto al menor género de duda. ¿Cómo debe traducirse, pues, la orden para semejante rogativa? Cómo deben traducirse muchas acciones en que los hombres obran con sentimientos encontrados. Respetaba Carlos V al *Pontífice*, veia un enemigo en la persona de *Clemente*. Tal vez estaba escandalizado él mismo del resultado de su victoria: tal vez lo que queria dar á entender era que se pidiese á Dios moviese el ánimo del *Monarca* de modo que accediese á las condiciones que pudiesen allanar las puertas de la prision para el *Pontífice*. Así fué en efecto. No fué sordo Clemente á la voz de la necesidad: por medio de un rescate logró salir de la prision; con un tratado de paz, ventajosa para Carlos, volvió á términos de buena amistad con este príncipe, y la

iglesia pudo dar gracias á Dios de haber oido sus plegarias.

1527.—1528. En cuanto al rey Francisco tan mala suerte le cupo en esta campaña como en las anteriores. Pusieron sus tropas sitio á Nápoles, que estrecharon por tierra y por mar; pero cuando mas seguras se creian del triunfo, se pasó Andres Doria, general de las galeras, al servicio de Carlos, y de asediador de la plaza, se convirtió en su amigo. Respiró con esto Nápoles. Para mayor alivio suyo, se declaró la peste en el campo de los enemigos, y fue entonces cuando por primera vez comenzaron á sentirse los estragos de la enfermedad traída por los descubridores del nuevo mundo á Europa, y que se llamó mal *francés* ó *gálico* por esta circunstancia. Se contó entre sus víctimas al mismo general en jefe Lautrech, mas célebre por sus derrotas que por sus victorias. El ejército francés, privado de su jefe, levantó el campo; y viéndose hostigado por los enemigos, tuvo que abandonar el reino de Nápoles, operacion que practicaba por tercera vez en aquel siglo.

En esta retirada de los franceses de Nápoles ocurrió la particularidad de que entre los prisioneros hechos por los imperiales se hallaba el famoso Pedro Navarro, inventor de las minas, compañero del gran Capitan en las guerras de Nápoles, y general de la expedicion de Orán, mandada en persona por el cardenal Cisneros. Habiendo caido prisionero en la batalla de Rávena, pasó al servicio de Francia por no haber querido pagar, segun dicen, su rescate el rey Católico, aunque en esta determinacion pudieron influir mas causas. A su nuevo señor hizo muchos servicios de importancia en todas estas campañas de Italia, y ya muy avanzado en años, vino á morir confinado en su prision en Nápoles.

Por lo que hace á lo demas de esta nueva guerra en Italia, basta decir que el rey de Francia tuvo que ajustar un nuevo tratado de paz con su rival en Cambray á principios del año siguiente 1529. Por uno de sus artí-

culos se puso en libertad á los hijos de Francisco, pagando por ella dos millones de escudos. En lo demas se ratificaron casi todos los artículos del tratado de Madrid, insistiéndose sobre el matrimonio del rey de Francia con la reina viuda doña Leonor.

1529. Se podia considerar Cárlos V á los veinte y nueve años de edad como un gran favorito de la suerte. Reconocia en él la Europa el mas grandey poderoso de sus soberanos, y la capacidad y genio de sus capitanes le habian hecho triunfar de su rival mas poderoso. Con la sumision de Clemente VII se podia llamar el árbitro de Italia. Y el victorioso emperador no habia visto la guerra todavía. Mas pronto manifestó por sus cualidades personales, puestas á mayor luz, que no era indigno de su gran fortuna.

Cualquiera que observe con alguna atencion esta y las demas épocas de la vida del emperador, observará que España, aunque parte sola de una vasta monarquía, figuraba, y no podia menos de figurar, como la principal, como la de mas preponderancia. Conocia demasiado Cárlos V la importancia de esta posesion para no darle toda la consideracion de que era digna. Su larga residencia en ella despues de haber recibido la corona del imperio, manifiesta el interés que tomaba en sus negocios, y cuánto se aplicaba á conocer la indole de sus habitantes. A España vino prisionero el rey Francisco: á España vinieron en rehenes del cumplimiento del tratado de Madrid los hijos de este príncipe: españoles eran un gran número de capitanes que se distinguieron á la cabeza de las armas imperiales, y las tropas de esta nacion no alcanzaban menos fama que sus jefes. Sin duda se llamó España á la parte de las grandezas de su rey, aunque extendia su cetro á mas regiones, y tal vez esta grandezay esta gloria no contribuyeron poco á amortiguar, sino á extinguir los resentimientos que habia producido la venida de una casa extraña, con otros disgustos de un orden político de que hablaremos á su tiempo. Ningun-

nos sintomas de disgusto público se manifestaban: la nacion parecia tranquila y satisfecha identificada con las glorias de su rey; y esta circunstancia era motivo mas, para que el monarca tratase de trasladarse á otros puntos donde era mas necesaria su presencia. Todos los acontecimientos considerables ulteriores de su largo reinado tuvieron lugar fuera de España. Asi la historia de este pais, por lo que está enlazado con la persona de su príncipe, se puede hasta cierto punto llamar la de la Europa.

1529. En Italia se anunció como vencedor, como emperador de los romanos, como el primer personaje de su siglo, como el monarca preponderante entre los príncipes de Europa. Desde Cárlo-Magno, era el primer emperador de Alemania que se presentaba en Italia con todo el brillo de su alta dignidad, sin oposicion por parte de sus varios estados, ni mucho menos del pontifice que acababa de sacar del cautiverio. En medio de tantos estímulos de orgullo, se mostró sin embargo bastante mesurado. Coronado en Bolonia como emperador de los romanos, afectó la mayor afabilidad con los diferentes príncipes del pais, de quienes se mostró verdaderamente soberano. Con el papa tuvo conferencias de un carácter sério y grave. Colocado al frente de casi todos los grandes negocios políticos del tiempo, no podia menos de ponerse á cada momento en evidencia y mostrar gran sagacidad entre grandes intereses que mutuamente se rechazaban y excluian (1).

(1) Ocurrió por aquel tiempo la guerra de Florencia. No podia Cárlos V dar mayores pruebas de su buena amistad hácia el pontifice, que ayudándole á sujetar aquella república al yugo de un príncipe de su familia (los Médicis). Ejercian antes los jefes de esta casa una especie de protectorado ó magistratura popular en el pais por sus grandes riquezas é influencia que les daba su habilidad ó su política. Mas de una vez habian sido blanco del furor popular, y expelidos de su territorio. Lo estaban en aquel momento La guerra que se encendió entre la república y las armas coligadas de Cárlos y Clemente, fue muy obstinada y muy sangrienta. Mas vencieron al fin las últimas, y los Médicis desterrados subieron como al trono del pais con el título de duques de Florencia. Alejandro, que fue el primero, se casó poco tiempo despues con Margarita de Austria, hija natural de Cárlos V.

La conducta de los electores y príncipes protestantes del imperio era entonces, y fue en lo sucesivo, el negocio mas embarazoso para Carlos V, la verdadera corona de espinas que en las diversas que ceñían sus sienas se encontraba. Que aborrecia sus doctrinas bajo el aspecto religioso, lo prueba toda su historia; que consideraba sus pretensiones como un desacato á su elevada autoridad, lo puede suponer cualquiera que conozca el corazon del hombre. Mas le era preciso contemporizar con estos príncipes, cuyas fuerzas necesitaba para contrarestar las del turco, que se mostraba cada vez mas formidable. Acababa Soliman de invadir la Hungría y de destruir su ejército, quedando el rey Luis muerto en el campo de batalla. Se avanzaba el vencedor sobre los estados de Austria, y amenazaba á Viena. No podia Carlos V mostrarse demasiado conciliador con los príncipes luteranos que ya pensaban en organizar una liga contra su preponderancia. Por esta vez tuvo la destreza de conjurar la tempestad, expidiendo un decreto de tolerancia mientras no fuesen dirimidas las disputas religiosas en el próximo concilio. Satisfechos por su parte los príncipes protestantes prometieron y pusieron en campaña un ejército contra el de Soliman que á grandes marchas avanzaba.

1532. Tuvo Carlos V la gloria de hacer su aprendizaje militar, poniéndose á la cabeza de las fuerzas del imperio en busca del azote y espanto de la Cristiandad entera. Sea que los negocios de Soliman le llamasen á Constantinopla, sea que recelase habérselas con un ejército tan respetable, retrocedió delante del emperador, declarándose vencido sin combate. La gloria personal que adquirió Carlos V en esta ocasion no podia menos de humillar al rey de Francia. Así intrigó de nuevo para hacerse con aliados, mas la ocasion no le era por entonces favorable.

No ignorante Carlos V de estas disposiciones de su competidor, ponía de su parte todos los medios posi-

bles para no estar desprevenido. En Italia, á donde se dirigió de regreso de su expedición, formó una liga de sus príncipes, de la que se declaró jefe, y dejando allí un ejército bajo las órdenes del español Antonio de Leyva, se puso en camino para España.

A muy poco tiempo de su regreso á este pais meditó y llevó á efecto Carlos V una expedición que forma una de las figuras mas brillantes de su vida pública, y hace ver que habia nacido para cosas grandes.

1535. Acababa un pirata, tan sagaz como atrevido, de apoderarse de Argel, y por medios de la traición mas alevosa, despojar de sus estados al dey de Túnez. Protegido y alentado con el favor de Soliman, cuyo vasallo se reconocia, se habia erigido en una potencia formidable, y hecho del nombre de Barbaroja un objeto de terror para las costas y navegantes del Mediterráneo. Imploró el dey desposeido el favor de Carlos V, en cuyos oidos resonaban á cada momento los gritos de las familias que tenian cautivos en Argel y en Túnez. Preparó el emperador un armamento formidable para destruir un nido de piratas, y siempre animado de sentimientos elevados, quiso tener la gloria de mandarle.

Se embarcó el emperador en Barcelona, para Cagliari en Cerdeña, donde la expedición se reunía. Treinta mil hombres de todas clases se embarcaron en quinientas velas. Acudió con sus galeras el famoso Doria. Arribó felizmente la expedición á las costas de Túnez, á donde iba dirigida. A pesar de la feroz resistencia de los de Barbaroja, se apoderaron del fuerte de la Goleta, á la boca del puerto y que cubria la plaza de Túnez. Con mas dificultades, y haciendo mas esfuerzos de valor, se apoderaron de esta ciudad entrando en ella por asalto. Cumplió el emperador con los deberes de capitán, dando ejemplos de denuedo y de constancia; y la cristiandad entera celebró con entusiasmo este triunfo sobre los infieles. Los veinte mil cautivos que salieron de las maz-